

# ISIDORO BLAISTEN

## ANTICONFERENCIAS

*colección rara avis*



TUSQUETS  
EDITORES

ISIDORO BLAISTEN  
ANTICONFERENCIAS

TUSQUETS  
EDITORES

## Prólogo

Isidoro Blaisten era un milagro, un gato de cinco patas, un olmo que daba peras. Era un cuentero judío, un pachorra entrerriano y un porteño terminal, un relojero loco, un vago, un perdedor serial, un rey de la angustia, y también, sobre todo, un maestro de la salvación por la risa, por el relámpago poético. «Me hubiera gustado ser un príncipe lituano, pero soy un mersón de San Juan y Boedo», dijo famosamente, en el café Canadian, a metros de su ilustre «establecimiento», aquella librería adentro de una galería comercial adonde iba tan poca gente que a veces se iba él también, para que fuera perfecta.

Yo pienso invariablemente en él cada vez que leo estas palabras del gran Danilo Kis: «Confieso que soy un practicante del elemento lírico enmascarado, aspiro a hacer poesía muy silenciosamente con esa táctica. El lirismo suele ser fatal para la prosa, y yo escribo a máquina para evitar el temblor de la mano, metafóricamente hablando. Pero lo que yo quería era ser poeta, me preparé toda la vida para eso, así que cuando descubrí que lo que tenía para decir era en prosa, intenté que mi prosa tuviera al menos algo que tiene la poesía: ser siempre sobre la persona que la está leyendo o escuchando». Si a esa doble definición (el elemento lírico enmascarado y el ser siempre sobre el que está leyendo)

le sumamos la salvación por la risa, tenemos la fórmula completa, el adn enterito de Isidoro Blaisten.

Ya estaba todo en ese cuentito de su primer libro: un tipo entra en un negocio y pide la salvación. Le dan un paquete. Sale del negocio y cuando cruza la calle lo atropella un auto. Se junta gente. Una mujer que asiste al hecho mira al hombre caído en el piso y dice: «Vean a qué cosas se aferran los seres humanos». Blaisten era un poco como Quino: tenía esa clase de ojo metafísico. Tenía también el karma de los escritores poco prolíficos: todos le pedían que publicara más pero no podía, escribir le costaba un Perú, envidió siempre la torrencialidad de los novelistas y los periodistas.

A fines de 1982, por una serie de casualidades providenciales, se abrió la posibilidad de que Emecé aceptara publicar «autores que no fuesen de la casa» y yo salí teledirigido a ver a Blaisten. Abelardo Castillo ya me había prevenido: «Te va a decir que no tiene nada, pero vos preguntale por esas conferencias que da». Blaisten, efectivamente, me dijo que no tenía nada inédito que fuera publicable. Me trataba de usted, me decía Juancito y se deshacía en disculpas por no tener un libro para darme: era una situación delirante. Yo le pregunté por las conferencias. A él se le iluminaron los ojos. «¿Le hablaron de mis conferencias?». Y empezó una típica situación Blaisten: «Bueno, en realidad no son conferencias, son otra cosa, yo no sirvo para dar conferencias, no me salen, intento pero no me salen, yo digo que lo que hago son anticonferencias...».

En realidad había sido solo una inicialmente, que repetía y repetía hasta que se fue deformando y ramifi-

cando de tal manera que dio brotes, hasta convertirse en un estilo, una respiración, algo completamente libre que en los cuentos de Blaisten se vislumbraba pero, por esa cuestión de mecanismo de relojería que tiene el género cuento, no se manifestaba tan gloriosamente desatada como en esas anticonferencias. Ya se veía venir que iba en esa dirección después de ese cuento formidable, ese cuento-río que es «Violín de fango», una audición radiofónica de tango que va delirándose hasta abarcar todos los rincones de la memoria colectiva de los argentinos. La deriva en su máxima expresividad, en su manifestación más envolvente: eso es *Anticonferencias* para mí. Es narrativa, es confesión, es reflexión, es poesía, es autobiografía, es cuadro de época, es... Qué importa qué es: lo que importa es el efecto que produce su lectura.

Blaisten decía que había aprendido de tres maestros: Borges, Mastronardi y Marechal. Yo creo que su combinación de humor, espíritu y destreza es única en la literatura argentina. Leerlo es una fiesta.

JUAN FORN

# I. ANTICONFERENCIAS

# Aburrimiento y literatura

## Las profesoras de castellano y la literatura española

«Florencio Sánchez era un degenerado. En cuarenta y cinco minutos, fíjense bien, alumnos, en cuarenta y cinco minutos por reloj, él podría haber escrito toda su obra. Pero no. Tenían que encerrarlo en el teatro para que escribiera. Si no, ni escribía. Era un desorganizado. Por eso murió tuberculoso... Muy, muy, muy vago era...».

Pienso en todos los alumnos de esa clase. Pienso en qué será de ellos ahora. Teníamos quince años. Éramos cuarenta. ¿Qué será de aquella profesora de castellano que nos iniciaba en la literatura, y nos enseñaba que Florencio Sánchez era un degenerado?

Nos inició también en el aburrimiento. Tenía una rara habilidad para volver tediosos a Don Segundo Sombra o a Cervantes. Profesoras como esas había a montones. Eran las empleadas de correo de la literatura.

Está bien que estudiáramos el comercial, pero no era necesario tanta saña. Matasellaban a Góngora, devolvían al remitente a Manrique, lacrababan el *Mío Cid*.

Hicieron tanto daño a la poesía como ciertos poetas.

Años después me costó leer el *Quijote*, me costó leer a Güiraldes. Con el Inca Garcilaso, la «Silva a la agricultura en la zona tórrida» y las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma nos marcaron el camino. Con *Pepita Jiménez* y *Juanita la Larga* enarbolaron una divisa: todo lo español era aburrido.

Una noche, hace diecinueve años, en una de esas tantas conversaciones absurdas, el poeta Mario Jorge De Lellis, de pronto, dijo:

—¿Se fijaron que todos los charlistas son gallegos?

Estábamos en el café de la calle Tacuarí con Juan Carlos Desanzo y con Andrés Cincugrana, un talentoso cuentista que la publicidad se llevó.

—Sí, señor —dijo Desanzo—, y los musicólogos son todos alemanes.

—¿Y los búlgaros? —pregunté.

—Fabricantes de yoghurt —contestaron todos.

Había muchas copas de por medio, pero recuerdo que tuvimos dificultades para ubicar a los dálmatas, los eslovenos y los ácratas, y que todo terminó en una furiosa discusión sobre qué eran los ácratas: si eran arácnidos, o coptos, o apátridas. Porque éramos absurdos y había copas, y todavía los vascos eran lecheros, los japoneses, tintoreros, y los judíos, sastres. Eran tiempos organizados todavía. Tiempos donde las cosas estaban ordenadas, y a ningún armenio se le hubiera pasado por la cabeza ser otra cosa que zapatero, a ningún griego se le hubiera ocurrido ser otra cosa que fabricante de golosinas, y a ningún judío otra cosa que sastre. Eso sí, el hijo del judío tenía que ser médico. Y



si el judío tenía dos hijos y uno era vago, el hijo vago podía ser violinista.

Después todo cambió y sobrevino el caos. Se trastocaron los valores humanos. Novelas como *Por siempre ámbar* o *Cuerpos y almas* pasaron a ser best-sellers; en poesía ya no bastaban Vicente Barbieri, Lubicz Milosz, Leopoldo Marechal o García Lorca.

Los poemas más incomprensibles pasaron a ser profundos y, en los cuentos, ya alguien tenía que comerse una rata, y algún adolescente tenía que acostarse con la tía o matarla.

Eso era para los adultos. Pero entre las rabonas, entre «el bienamado camarada Stalin» y las novias en los zaguanes, la maldad del Inca Garcilaso nos iba apretando el alma con su tentáculo de aburrimiento.

## La maldad del Inca Garcilaso

El Inca Garcilaso era esto (por delicadeza voy a transcribir diez renglones nomás. El eslogan publicitario podría ser: «Nunca nadie aburrió tanto con tan poco»):

«... que para cada cosa de éstas era menester un barrio no pequeño; y así lo muestra el autor contando el circuito de la casa, pues dice: Es tan amplia, que, en lo que corresponde a estas calles y plaza hay ochenta puertas de casas principales de vecinos, donde se muestra bien la grandeza de solo una casa de aquellos tiempos, que como se ha dicho, pudiera mejor llamarse barrio que no casa, y al respecto eran las demás; y en particular se

puede decir de aquella imperial ciudad de Méjico, que es una de las más principales que hay en el universo, si ya no es la primera, como me lo dijo un caballero flamenco que por ver a Méjico pasó al mundo nuevo; que demás de verla, le valía mil ducados de partidos y apuestas que en su tierra habían hecho con él, sobre si sería hombre que por su curiosidad y gusto había visto todas las famosas del mundo viejo, y solo para ir más allá».

Disculpen. Pero miren hasta dónde llega la maldad del Inca Garcilaso, que en el mismo renglón tiene el cinismo de escribir esto: «Dejaré, por no hacer tan larga digresión, de decir las particularidades que acerca de esto me contó...».

El Inca Garcilaso. «Ojalá se muera», gritó una vez el irreverente de la clase. El Inca Garcilaso. Teníamos quince años. Afuera la vida reventaba como una fruta enloquecida. No cabíamos dentro de nosotros mismos. El hincha Garcilaso, lo llamaban los bocasucias.

En su biografía leíamos: «En 1560 se trasladó a España para gestionar sus derechos a la sucesión de su padre, dado que el primer matrimonio de éste con la madre del Inca no era reconocido por las disposiciones vigentes en la época en España. A pesar de haber logrado la simpatía de todos, inclusive de los parientes de su padre, nada logró».

—¡Bien hecho! —gritamos todos.

—Me gusta —decían los bocasucias y hacían un gesto obscuro cruzando los brazos.

—Ojalá se muera —insistía el irreverente reiterativo.

—¿Qué quieren? —decía Victorcito—. Es el primer escritor americano. Es muy fácil escribir cuando hay

otros. Así cualquiera. ¿No ven que es un pionero, que no tiene preceptiva?

## Contra los adolescentes

Adolescencia viene del latín *adolescere*, que significa sentir dolor. Aníbal Ponce hablaba de la ambición y angustia de los adolescentes. La implicancia de la «Silva a la agricultura en la zona tórrida» en nuestro dolor y en nuestra angustia fue decisiva. Escuchen esto:

*Para tus hijos la prócera palma  
su vario feudo cría,  
y el ananás sazona su ambrosía;  
su blanco pan la yuca  
sus rubias pomos la patata educa  
y el algodón despliega el aura leve.*

Los chusco gritaban:

—Andá a vender fruta al puerto.

—Dale, verdulero.

El irreverente obsesivo siempre levantaba la mano y decía:

—Señorita, ¿leo la parte de las bananas?

La parte de las bananas era esta:

*...cuelga de sus sarmientos trepadores  
nectáreos globos y franjadas flores;  
y para ti el maíz, jefe altanero*

*de la espigada tribu, hincha su grano,  
y para ti el banano  
desmaya el peso de su dulce carga;  
el banano, primero  
de cuantos concedió bellos presentes  
Providencia a las gentes  
Del ecuador feliz con mano larga.*

Al llegar a este punto, las cosas que se decían de Andrés Bello son irreproducibles.

No obstante, ganó. Ganó él, y ganó el Inca Garcilaso. Porque cuando sobrevino la «Silva a la agricultura en la zona tórrida», estábamos vencidos. Totalmente sin fuerzas. Y ya *Pepita Jiménez*, *El sabor de la tierruca*, la Tablanca de *Peñas arriba*, que es la Tudanca real donde se asentaba su casa solariega, *El sombrero de tres picos* y *El capitán Veneno* se interponían entre nuestras fantasías eróticas, y año tras año iban preparando sucesivas camadas de adolescentes, que fueron aprendiendo el acatamiento de lo aburrido: el tedio como género literario.

## Literatura de mensaje: Miguel Strogoff

Más tarde, la Cartilla Zhdanov y el realismo socialista nos iniciaron en el plomo de izquierda. Eran los tediosos mamotretos, donde había una huelga, un obrero que siempre se llamaba Juan, jamás Ladislao o Segismundo, ni menos Adrián. El compañero de célula se llamaba Pablo, y el soplón se llamaba Raimun-

des, y la novia de Juan se llamaba María, y el hijo del patrón guardaba la cocaína en la heladera, y los obreros sabían hacer el amor y los patrones eran todos impotentes.

Era la época en que todos los manifiestos y declaraciones políticas empezaban con las palabras «Una vez más»:

«Una vez más las fuerzas de la reacción...», «una vez más los cipayos del imperialismo yanqui...», «una vez más el sionismo internacional...».

Las variantes eran: el oro de Moscú, la oligarquía terrateniente, las hordas naziperonistas, o el rector del colegio. No había Vietnam, pero teníamos nuestra buena Corea.

La onda era Corea. Y el carnicero Mac Arthur. Claro que, de entre el pastito amarillo de las gastadas madres coreanas que morían con el hijo masacrado entre los brazos, salía por ejemplo alguna flor: «*Coral, Corea, corazón, coraza...*». Era, como siempre, Raúl González Tuñón, salvando los colores de la auténtica poesía con su talento. Eran los auténticos poetas sacando las castañas del fuego: Pedroni, Juan Gelman, Portogalo, Tejada Gómez.

Como vemos, once años después las cosas no han cambiado.

De los compañeros del secundario, al único que veo es a Victorcito. Victorcito es un poeta recreativo. Está muy pegado a la preceptiva y no puede crear. La «Silva a la agricultura en la zona tórrida» lo ha marcado para siempre. Por ejemplo, escribe un poema y le sale así:

*Rodarán las redondas mandarinas  
de su cajón desnudas a rodar  
y otra vez machucadas y nupciales  
su jugo exprimirán.*

Pero a veces Victorcito la pega. Él dice, por ejemplo, que hay que recolectar todos los poemas escritos a Corea y cambiarles el nombre por Vietnam, preparar el stock y establecer la teoría económica. Dice que los elementos poéticos ya están dados, y no hace falta más. O sea: las bombas de napalm, los bombardeos y las madres con el hijo muerto entre los brazos. Los aviones no son problema. Se cambia un B-29 por un B-52 o un Phantom 7 y listo. Además, ¿qué poeta se va a andar fijando en los números?

## Alarma trágica del año milenario

Pero todavía no había venido a nosotros la literatura de mensaje. Para nosotros, la literatura era esto:

—Escriban, alumnos. Trozo selecto: *Alarma trágica del año milenario. A medida que se aproximaba la época fatídica, parecían anunciarla males y desdichas sin cuento. El edificio político y social se bamboleaba. Por efecto natural de tal susto, quedaron los campos sin cultivo, desatendida la agricultura; de modo que a fines del siglo X devasta a Europa el hambre, y un celemín de trigo se paga a peso de oro. Es apocalíptico y tremendo el cuadro de la miseria que sobrevino. Los*

*hombres roían raíces de árboles, arcilla, hierbas; cuando aun eso les faltó, apoderose de ellos la rabia y se saciaron de carne humana... Punto. Al pálido espectro del hambre se unió su negro compañero, la peste, uno de esos contagios extraños de la Edad Media, cuyos síntomas consistían en despegarse la carne de los huesos y caer podrida o deshecha. La actividad humana se había paralizado; ocioso fuera edificar, ni labrar la tierra, cuando iba a desbacerse y aniquilarse al son de la trompeta final.* Copie y diga el alumno:

¿Quién es el autor de este trozo selecto?

¿Qué pudo inducir a creer que estaba ya en sus términos el mundo?

¿Qué efectos produce la ignorancia?

¿Qué quiere decir «fatídica»?

¿Cuál es el significado del verbo «bambolear»?

¿Qué es un «celemín»?

¿Qué observación se hace sobre los verbos terminados en *-aer*, *-eer*, *-oer*?

¿Qué indican estas palabras: «Los hombres roían raíces de árboles, arcilla», etc.?

¿Cómo se llaman los que comen carne humana?

¿Pueden calificarse de antropófagos los hombres de que se trata en el texto?

¿Qué es un espectro?